C. MARX — F. ENGELS

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
Facultad de Estudios Generales
1955



INDICE

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA



MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido acusado de comunista por sus adversarios en el Poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado a sus enemigos, tanto a los representantes más avanzados de la oposición como a los reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza:

El comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Ha llegado el momento de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto de Partido.

Con este fin, comunistas de diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente Manifiesto, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS*

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días** es la historia de las luchas de clases.

---

* Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción social, que emplean el trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

** Mejor dicho, la historia *escrita*. En 1847, la historia de la organización social que ha precedido a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Después Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta era la base social de la que partieron históricamente todas las tribus teutonas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, era o es la forma primitiva de la sociedad, desde las Indias hasta Irlanda. Por fin, la estructura de esta sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, por el descubrimiento decisivo de Morgan, que ha hecho conocer la verdadera naturaleza de la *gens* y su lugar en la *tribu*. Con la disolución de estas comunidades primitivas comenzó la división de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros* y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa división de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en cada una de estas clases graduaciones particulares.

La moderna sociedad burguesa, que ha surgido del seno de la sociedad feudal perecida, no ha abolido las contradicciones de clase. Ella sólo ha creado nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha, en lugar de las antiguas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos libres de las primeras ciudades; de este esta-

mento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación del Africa ofrecieron a la burguesía naciente un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de mercancías en general imprimieron un impulso hasta entonces desconocido al comercio, a la navegación y a la industria, asegurando, en consecuencia, un desarrollo rápido del elemento revolucionario en la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Fué reemplazada por la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados se engrandecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. También la manufactura resultó ya insuficiente. Las máquinas y el vapor revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios, jefes de ejércitos enteros de trabajadores, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, preparado por el descubrimiento de América. El mer-

cado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles se iban extendiendo, la burguesía se desarrollaba, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es por sí misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en los medios de producción y de intercambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del avance político correspondiente*. Estamento oprimido por el despotismo feudal; asociación armada gobernándose a sí misma en la *Commune***; en unos sitios, República urbana independiente***; en otros, "tercer estado"

** *Commune* se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a los monarcas y señores feudales la autonomía local de la administración y de los derechos políticos del "tercer estamento". En general, como el país del desarrollo económico típico de la burguesía, hemos tomado aquí a Inglaterra, y de su desarrollo político, a Francia. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

Así denominaban los habitantes de las ciudades en Italia y en Francia las comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos a una administración autónoma. *(Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)*

tributario de la monarquía*; después, durante el período manufacturero, contrapeso de la nobleza en las Monarquías semifeudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del Poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una Junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la Historia un papel altamente revolucionario.

Allí donde ha conquistado el Poder, la burguesía ha pisoteado las relaciones feudales patriarcales e idílicas. Todas las ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha substituído las numerosas libertades, las que fueron otorgadas y las bien adquiridas, con la *única* e inescrupulosa libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, directa, brutal y descarada.

La burguesía ha despojado de su santa aureola a todas las profesiones hasta entonces reputadas de venerables y veneradas. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al sabio, los ha convertido en sus asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones de familia, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado cómo la brutal manifestación de fuerza, tan admirada por la reacción en la Edad Media, encuentra su complemento adecuado en la más inerte pereza. Ha sido ella la que primero ha mostrado lo que puede realizar la actividad humana: ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas de otra índole que la migración de los pueblos y las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de trabajo y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Esta revolución continua que se opera en la producción, esta incesante conmoción de todo el sistema social, este perpetuo movimiento e inseguridad, distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales arraigadas y enmohecidas, con su secuela de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, que-

dan rotas; las que las reemplazan se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo que quedaba de los principios de casta y era inerte es destruído; todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Impulsada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía invade el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todos los sitios, crear por doquier sus vínculos.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su carácter nacional. Las antiguas industrias nacionales son destruídas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción entraña una cuestión vital para todas las naciones civilizadas: industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos se consumen, no sólo en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, nacen necesidades nuevas, reclamando para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de todas las literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus productos constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de la China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir lo que llama su civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen.

La burguesía ha sometido el campo a la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado prodigiosamente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado las naciones bárbaras o semibárbaras a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad

y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en un pequeño número de manos. La secuela obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, teniendo intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido reunidas en *una* sola nación, bajo *un* solo Gobierno, *una* sola ley, *un* solo interés nacional de clase y *una* sola tarifa aduanera.

La burguesía, con su dominio de clase, ha creado en menos de un siglo fuerzas productivas más abundantes y más colosales que todas las generaciones pasadas en su conjunto. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, y de los ríos para la navegación, poblaciones enteras surgiendo de la tierra como por encanto, ¿qué siglo anterior habría podido sospechar que semejantes fuerzas productivas durmieran en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados dentro de la sociedad feudal. A un cierto grado de desarrollo de estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de

propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y se rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política correspondientes, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos tiene lugar un movimiento análogo. Las condiciones burguesas de producción y de cambio, el régimen burgués de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, semeja al mago que ya no sabe dominar las potencias infernales que ha desencadenado con su conjuro. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos ya elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido una paradoja, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La so-

ciedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; diríase que el hambre, que una guerra de exterminio la priva de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. ¿Y por qué? Porque la sociedad tiene demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas*; al contrario, han resultado demasiado poderosas para estas relaciones que constituyen de hecho un obstáculo para ellas, y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, entonces? Preparando crisis más generales y más gigantescas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también

los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma proporción en que se desenvuelve la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detall, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio: sufren, por tanto, todas las vicisitudes de la competencia, todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la subdivisión del trabajo, despojando a la labor del proletario de todo carácter individual, le ha hecho perder todo atractivo. El obrero resulta un simple apéndice de la máquina: no se exige de él sino la operación más sencilla, más monótona, asimilada con la mayor rapidez. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y perpetuarse. Pero el precio del trabajo, como el de toda mercancía, es igual a su coste de producción*. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aun, la cantidad de trabajo se acrecienta con el desenvolvimiento del maquinismo y de la subdivisión del trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada,

bien por el aumento del rendimiento de trabajo exigido en un tiempo dado o la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del patriarcal maestro artesano en la gran fábrica del industrial capitalista. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizados en forma militar. Como simples soldados de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Cuanto más claramente este despotismo proclama la ganancia como fin, más mezquino, odioso y exasperante resulta.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo, es decir, cuanto más progresa la industria moderna, con mayor facilidad es suplantado el trabajo de los hombres por el de las mujeres y los niños. Las diferencias de edad y sexo pierden toda importancia social para la clase obrera. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labradores, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, engrosan las filas del proletariado: de una parte, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para efectuar la producción en gran escala y sucumben en la concurrencia con los grandes capitalistas; de otra parte, porque su habilidad técnica es anulada por los nuevos modos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comenzó con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, queman las fábricas e intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del trabajador de la Edad Media.

En esta etapa los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la de la burguesía, que por atender a sus propios fines políticos debe — y por ahora aun puede —poner en movimiento al proletariado. Durante esta fase los proletarios no combaten aún a sus propios enemigos, sino a los adversarios de sus enemigos; es decir, los vestigios de la monarquía absoluta, a los propietarios territoriales, burgueses no industriales y

pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico es de esta suerte concentrado en manos de la burguesía; toda victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas más considerables; su fuerza aumenta y adquieren conciencia de la misma. Los intereses, las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina borra las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente inferior. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y cada vez más rápido perfeccionamiento de la máquina, coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones* contra los burgueses y actúan en común por el mantenimiento de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa

de los obreros. Esta unión es favorecida por el acrecentamiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que permiten a los obreros de localidades diferentes ponerse en relación. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en lucha nacional, en lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia que se hacen los obreros entre sí. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

Generalmente, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses están en desacuerdo con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrastrarle así al movimiento político. De

tal manera la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación política*, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, capas enteras de la clase dominante son, por el progreso de la industria, precipitadas a las filas del proletariado o al menos amenazadas en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de progreso**.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de disolución de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento, tan agudo, que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase que lleva en sí el porvenir. Por tanto, lo mismo que en otro tiempo una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días una parte de la burguesía se pasa al proletariado, precisamente esa parte de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Las capas medias—el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—todas ellas luchan contra la burguesía para salvar su existencia como capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás el carro de la Historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpen-proletariado, ese producto pasivo de la podredumbre de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con su mujer e hijos no tienen nada de común con las de la familia burguesa; el trabajo industrial moderno, que implica la servidumbre del obrero al capital, la misma en Inglaterra que en Francia, en América que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él meros prejuicios burgueses, tras de los cuales se ocultan otros tantos intereses burgueses.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo toda la sociedad a su propio modo de

apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo el modo de apropiación que les atañe particularmente y, por tanto, todo modo de apropiación en vigor hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada propio que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, enderezarse, sin hacer saltar todas las capas que constituyen la superestructura de la sociedad oficial.

La lucha del proletariado contra la burguesía, aunque no lo sea por su contenido, es por su forma, ante todo, una lucha nacional. El proletariado de cada país, naturalmente, debe acabar antes de nada con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil, más o menos oculta, en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para oprimir a una clase, hace falta poderle garantizar condiciones de existencia que al menos le permitan llevar su vida de esclavo. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegaba a miembro de la comunidad, lo mismo que el pequeñoburgués llegaba a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo mismo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía es incapaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante y de imponer a la sociedad como ley reguladora las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no puede asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque está condenada a dejarle decaer hasta el punto de que deba mantenerle en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es en lo sucesivo incompatible con la de la sociedad.

La premisa esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado se basa exclusivamente en la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la

competencia, con su unión revolucionaria por medio de la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía el terreno sobre el cual ha establecido su sistema de producción y de apropiación de lo producido. Ante todo produce sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido especial opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales* a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen de otros partidos proletarios sólo en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, anteponen y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proleta-

riado la ventaja de su concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario.

El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del Poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de la lucha de clases existente, del movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad que han existido hasta aquí no es un rasgo exclusivamente peculiar del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios, continuas transformaciones históricas.

La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada actual, la propiedad burguesa, es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido, basado en antagonismos de clases, en la explotación de los unos por los otros*.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, propiedad que forma la base de toda libertad, de toda actividad, de toda independencia individual.

¡La propiedad fruto del trabajo personal, adquirida con el esfuerzo honrado! ¿Se quiere hablar de la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, forma de propiedad anterior a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O bien se quiere hablar de la propiedad privada moderna, de la propiedad burguesa?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Crea el capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir más trabajo asalariado a fin de explotarle de nuevo. En su forma actual, la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos aspectos de este antagonismo.

Ser capitalista significa no sólo que se ocupa una posición personal en la producción, sino una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por el esfuerzo conjunto de muchos miembros de la sociedad y, en últi-

mo término, sólo por el esfuerzo conjunto de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad común. Sólo habrá cambiado el carácter social de la propiedad. Perderá su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de existencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal. Por consiguiente, lo que el obrero se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para su existencia. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la mera reproducción de la vida humana: esta apropiación no deja ningún beneficio líquido que pueda darle poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos es suprimir ese modo infame de apropiación que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y no viva sino en tanto lo exigen los intereses de la clase dominante.

En la sociedad burguesa el trabajo viviente no es más que un medio de acrecentar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la existencia de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina al presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina al pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja está sometido y privado de personalidad.

¡Y es la abolición de semejante estado de cosas lo que la burguesía considera como la abolición de la individualidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender.

Pero si el mercantilismo desaparece, el comercio libre desaparece también. Toda la palabrería sobre el librecambio, lo mismo que todas las fanfarronadas liberales de nuestros burgueses, tienen sentido únicamente en relación con el comercio no libre, con el burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no tiene ningún sentido al tratarse de la abolición del mercantilismo, de las relaciones burguesas de producción y de la burguesía misma por el comunismo.

¡Estáis sobrecogidos de horror porque queremos abolir la propiedad privada! Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Desde el momento en que el trabajo no pueda ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad individual no pueda transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante declaráis que la personalidad está suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad, ciertamente, debe ser suprimida.

El comunismo no arrebata a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar el trabajo ajeno con ayuda de esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad, que una pereza general se apoderaría del mundo.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido por la holgazanería, puesto que aquellos que trabajan nada obtienen y los que obtienen no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado allí donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de los productos materiales han sido hechas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la



desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría más que la transformación en apéndice de la máquina.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, de cultura, de derecho, etc. Vuestras ideas son en sí mismas producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad — relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción —, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan de este infame designio de los comunistas.

¿Sobre qué base descansa la familia burguesa en nuestros días? Sobre el capital, sobre el provecho indi-

vidual. En su plenitud, la familia no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente con el desvanecimiento de ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero nosotros destruímos, decís, los vínculos más sagrados sustituyendo la educación en la familia por la educación en la sociedad.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad por medio de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la instrucción; no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples objetos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Vosotros, comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres!—nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y naturalmente, no puede pensar otra cosa que hasta las mujeres correrán la misma suerte.

No sospecha que se trata precisamente de asignar a la mujer un papel distinto al de simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en encornudarse mutuamente.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las mujeres casadas. Podrían acusar a los comunistas, todo lo más, de querer poner en lugar de una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y privada.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el Poder político, elevarse

a la condición de clase nacional*, constituirse como nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que les corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación del hombre por el hombre, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de nación a nación.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social cambian también las ideas, las no-

ciones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la desaparición de las viejas ideas marcha a la par con la desaparición de las antiguas relaciones sociales.

En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas fueron vencidas por las de los enciclopedistas, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio de la conciencia*.

"Sin duda—se nos dirá—las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se iban modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se mantienen siempre a través de estas transformaciones.

Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir también la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior".

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda sociedad existente hasta hoy se desenvuelve entre contradicciones de clase, contradicciones que han revestido formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra, es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todas las edades, a despecho de toda divergencia y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes: formas de conciencia que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva del antagonismo de las clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales heredadas.

Mas dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar todo el sistema de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1°. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

2°. Fuerte impuesto progresivo.

3°. Abolición del derecho de herencia.

4°. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.

5°. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional en el que el capital pertenecerá al Estado y que gozará de un monopolio exclusivo.

6º. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

7º. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras cultivadas, según un plan general.

8º. Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9º. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente el contraste* entre la ciudad y el campo.

10º. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; ligar la educación a la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase, y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá su carácter político. El Poder político, hablando propiamente, es la fuerza organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, destruye por la fuerza las viejas relaciones de producción, destruye al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y las clases en general* y, por tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III
LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a. El socialismo feudal

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaban llamadas a lanzar libelos contra la sociedad burguesa moderna. En la revolución francesa de Julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria, habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante ni hablar podían de una lucha política seria. No les quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración* había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Dióse de esta suerte la satisfacción de hacer canciones satíricas sobre su nuevo amo y musitarle al oído profecías sobre desastres más o menos siniestros.

* No se trata aquí de la época de la Restauración inglesa, 1660-1689, sino francesa, de 1814-1830. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su impotencia absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirla de ridículo.

A guisa de bandera, estos señores enarbolaron un mísero zurrón de proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudió, advirtió que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersó en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses y la "Joven Inglaterra" han dado al mundo este espectáculo cómico*.

Cuando los campeones del feudalismo demuestran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño fatal del régimen social suyo.

* *Legitimistas*—Partido de los terratenientes nobles de Francia, partidarios de la restauración de la dinastía de los Borbones.

La *Joven Inglaterra*—Círculo de aristócratas, hombres públicos y literatos, adheridos al Partido Conservador británico, que actuó alrededor de 1842. Sus representantes más destacados eran Disraeli, Thomas Carlyle y otros. *(N. de la Red.)*

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que hacen contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Además, lo que imputan como un crimen a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman una parte activa en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en su vida ordinaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria* y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio de la lana, el azúcar de remolacha y el aguardiente**.

Del mismo modo que el cura y el señor feudal marcharon siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no

* En la edición inglesa de 1888: "dropped from the tree of industry" ("que caen del árbol de la industria") *(N. de la Red.)*

** Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los "junkers" cultivaban por cuenta propia gran parte de sus tierras a través de administradores y poseían, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de dudosa reputación. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia.

b. El socialismo pequeño-burgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los villanos de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía floreciente.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Parte complementaria de la sociedad burguesa, dicha clase se forma sin cesar, pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán reemplazados en el co-

mercio, la manufactura y la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, es natural que los escritores que defendían la causa del proletariado contra la burguesía, criticasen el régimen burgués y defendieran el partido obrero desde el punto de vista del pequeño burgués y del labrador. Así se formó el socialismo pequeño-burgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Inglaterra, sino también en Francia.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos mortíferos del maquinismo y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la fatal decadencia de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la clamante desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la descomposición de las añejas costumbres, de las antiguas relaciones de familia, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer hacer entrar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en

el marco estrecho de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema de corporaciones; para la agricultura, el régimen patriarcal: he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia se ha convertido en una tendencia de cobardía quejumbrosa*.

c. El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante y es la expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fué introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos y *beaux esprits* alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura; pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las

* En la edición inglesa de 1888, en lugar de esta frase, dice: "Ultimately, when stubborn historical facts had disperced all intoxicating effects of self-deception, this form of Socialism ended in a miserable fit of the blues" ("Finalmente, cuando hechos históricos irrefutables hicieron desaparecer todo vestigio del efecto embriagador de las ilusiones, esa forma de socialismo terminó en una miserable cobardía quejumbrosa"). *(N. de la Red.)*

condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la sociedad justa*, sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que las reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestaciones de la voluntad de los burgueses revolucionarios de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo de los literatos alemanes se redujo únicamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja consciencia filosófica, o, más exactamente, a apropiarse de las ideas francesas partiendo de sus opiniones filosóficas.

Se las apropiaron como se asimila una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas leyendas sagradas del catolicismo. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: "enajenación de la esencia humana"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de lo universal abstracto", y así sucesivamente.

La suplantación de las ideas francesas con esta fraseología filosófica la bautizaron así: "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentos filosóficos del socialismo", etc.

De esta manera fué completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la "estrechez francesa" y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la "necesidad de lo verdadero", en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fué perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiría un carácter más serio.

De esta suerte, el "verdadero" socialismo halló la ocasión tan deseada de confrontar las reivindicaciones socialistas con el movimiento político. Pudo lan-

zar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el régimen representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas; pudo predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían todo, en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, presuponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de existencia y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de pedagogos, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en el espantajo soñado contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondieron a los obreros alemanes en rebeldía.

Si el "verdadero" socialismo se convirtió de este modo en un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba directamente, por otra parte, un interés reaccionario, el interés del pequeñoburgués alemán*. La clase de los pequeños bur-

* En la edición inglesa de 1888, en lugar de las expresiones "pequeñoburgués" y "pequeña burguesía alemana", se emplean las palabras "the german Philistiers" "los filisteos alemanes" y "el filisteísmo alemán". *(N. de la Red.)*

gueses, legada por el siglo XVI, y desde entonces renaciendo sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra, por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el "verdadero" socialismo podía matar dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

El vestido tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus descarnadas "verdades eternas", no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a erigirse en el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación normal y el mesócrata alemán el hombre normal. A todas las infamias de este hombre normal les dió un sentido oculto, un sentido superior y socialista que las transfiguraba por completo. Fué consecuente hasta el fin, manifestándose abiertamente contra la tendencia "brutalmente destructiva" del comunismo y declarando que en su majestuosa imparcialidad se colocaba por encima de todas las luchas de clases. Salvo

muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas y comunistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmunda y enervante literatura*.

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUES

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanistas, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las Sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda suerte. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la "Filosofía de la Miseria", de Proudhon.

Los socialistas burgueses quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora

en un sistema más o menos completo esta representación consoladora. Cuando requiere al proletariado para realizar su sistema y hacer su entrada en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma del socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones de la vida material, de las relaciones económicas. Pero nótese que por transformación de las condiciones de la vida material, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas, lo que no es posible más que por vía revolucionaria, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base misma de las relaciones de producción burguesas, que, por tanto, no afecten a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, que no harían, en el mejor de los casos, sino disminuir los gastos que requiere su dominio y simplificar el trabajo administrativo del gobierno burgués.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Librecambio, en interés de la clase obrera! ¡Derechos protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRITICO-UTOPICOS

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que no podían surgir sino después del advenimiento de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado, era forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconizaba un ascetismo general y un grosero igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase "Burgueses y proletarios".)

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dieron

cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos disolventes dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político que le sea propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se aventuran en busca de una ciencia social, de leyes sociales, con el fin de crear esas condiciones.

En lugar de la actividad social ponen la actividad de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se decide, según ellos, por medio de la propaganda y la ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones materiales de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con pre-

ferencia a la clase dominante. Porque, a su parecer, basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, pues, toda acción política, y sobre todo, toda acción revolucionaria, se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de experiencias en pequeña escala, que, naturalmente, fracasan siempre.

La fantástica descripción de la sociedad futura surgida en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, consideraba su propia situación de una manera también fantástica, corresponde a las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas, estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad actual. Han proporcionado en su tiempo, por consecuencia, materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la desaparición del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, el proclamar la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la desaparición del antagonismo de las clases, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las

primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de abstraerse de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, entorpecer la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con el establecimiento de falansterios aislados, creación de colonias interiores en sus países, fundación de una pequeña Icaria*, edición en dozavo de la nueva Jerusalén; y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a hacer llamamientos al corazón y a la bolsa de los filántropos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría

* *Falansterios* se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Charles Fourier. *Icaria* era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo "home-colonies" (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico en que Cabet describía las instituciones comunistas. *(Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)*

de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrera de su ciencia social.

Opónense, pues, con encarnizamiento, a toda acción política de la clase obrera, pues semejante acción no puede provenir, a su juicio, sino de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra actúan contra los cartistas y los fourieristas en Francia contra los reformistas*.

IV

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICION

Después de lo dicho en el capítulo II, la posición de los comunistas ante los partidos obreros ya constituídos se explica por sí misma, y por tanto su posición ante los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento.

En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático* contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho

* Este partido estaba representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por "La Réforme". El nombre de Socialista Democrático significaba que los inventores del mismo, parte del Partido Democrático o Republicano, tenían un matiz más o menos socialista. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; estaba, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. *(Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)*

de criticar las frases y las ilusiones legadas por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas-democráticos, en la acepción francesa de la palabra, y en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que en 1846 realizó la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir las condiciones sociales y políticas creadas por el régimen burgués en otras tantas armas contra la burguesía; a fin de que tan pronto sean destruídas las clases reaccionarias en Alemania la lucha comience inmediatamente contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado

mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y político existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que revista, como la cuestión fundamental del movimiento.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y la cohesión de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus conceptos y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social existente. Que las clases dirigentes tiemblen ante la Revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo a ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!